

Apuntes para una etnografía sobre el cambio en las relaciones de género

Ernesto Camou Healy*



Las relaciones de género en el campo sonoreense es un tema que poco he trabajado. En este texto recurro a observaciones e informaciones que en el curso de muchos años de trabajo he podido captar, pero de ninguna manera se trata de información que se recopiló con el objetivo de investigar sobre el tema directamente. Son un subproducto de muchos años de

observación participante, de charlas de café en los patios de las casas, de relatos y de historias de vida platicados después de las visitas a la milpa o al potrero. En su momento eran más anécdotas familiares, recuerdos y, acaso chismes compartidos al calor de un último bacanora vespertino...

La mayor parte de lo relatado se refiere a situaciones y vivencias que tuvieron lugar en pueblos de la sierra y el somontano sonoreense entre 1950 y 2014. Ciertamente en este lapso ha habido muchos cambios en la economía y cultura campesinas de Sonora.

A modo de contexto, me voy a referir a la situación sobre todo en el campo sonoreense, entre familias campesinas que vivían en un relativo aislamiento, por malos caminos, poca infraestructura, pocas oportunidades; digamos que al menos hasta antes de 1960, pero que todavía en la década de 1970 había muchas localidades con situaciones parecidas a las que se ilustran.

Eran cultivadores de maíz, trigo, frijol, hortalizas, en las vegas de ríos y arroyos; algunos eran muy pequeños ganaderos, productores de leche y quesos para el consumo familiar, y venta ocasional. Me refiero sobre todo a las familias que vivían en una especie de medianía económica rural: ni las más pudientes, ni las pobres en extremo.

En la mayor parte de las localidades solo había escuela primaria, y en muchas era una primaria con un solo maestro. En algunas cabeceras municipales había primaria completa y a veces secundaria, solo en pocas.

Por lo general, se consideraba que era suficiente con que las muchachas aprendieran a leer y escribir, y la aritmética suficiente para hacer cuentas. En Granados había una escuela de religiosas con internado. Ahí mandaban algunas familias, que tenían recursos, a sus hijas para que terminaran secundaria o comercio en la seguridad de la reclusión casi conventual.

En el caso de los varones, se procuraba que terminaran la primaria; solo cuando había secundaria en el pueblo, se les permitía continuar; pero era preferible que se incorporaran al trabajo campesino. En las familias más pudientes, aquellas que podían contratar jornaleros o vaqueros, sí se procuraba que los chavos continuaran con los estudios. Para eso los mandaban a los pueblos más grandes, o a Hermosillo o Ciudad Obregón, con parientes. Eran pocos los que aspiraban a una carrera profesional, licenciatura o ingeniería; la mayoría terminaba la secundaria o comercio.

Por lo general, se esperaba de los muchachos que volvieran al pueblo, a trabajar en la milpa, o el potrero, con el papá y los hermanos. La adición de trabajo masculino era una oportunidad para sembrar más, arriesgarse a un cultivo comercial en una parte del terreno, o para cuidar más reses,

* Licenciado en Filosofía, Maestro en Antropología, Doctor en Ciencias Sociales por el Colegio de Michoacán. Investigador del Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A. C. de Hermosillo. e.camou47@gmail.com

hacer más queso o buscar crecer el hato y vender novillos de sobreaño. Entre esos años en que los niños crecen y se incorporan al trabajo campesino hasta cuando forman ellos mismos su familia, la unidad campesina de producción podía invertir más trabajo y crecer, lograr alguna acumulación en forma de más terreno cultivado, más animales en los potreros, o alguna aventura con cultivos destinados al comercio, como sucedió con la siembra de algodón en el río Sonora en la década de 1950; también con el cambio de la semilla de trigo, a raíz de los experimentos del CIANO; o con la siembra de caña de azúcar, chile verde y hortalizas para venta en Hermosillo, en los pueblos del río Sonora...

Tener más fuerza de trabajo disponible era una gran oportunidad: la mayor parte de las labores se hacían con trabajo humano, o tracción animal, y tener más trabajadores implicaba la posibilidad de sembrar más.

Las muchachas no salían a estudiar fuera o muy raramente lo hacían. De ellas se esperaba que supieran leer y escribir, y hacer cuentas; mas lo verdaderamente importante: preparar el nixtamal, moler el maíz, hacer tortillas tanto de maíz como de harina de trigo, aprender a cocinar, desde poner los frijoles a cocer hasta preparar el guisado, los tamales y la carne con chile. Si tenían ordeña, a ellas les tocaba ayudar con la confección del queso. También aprendían a coser y zurcir la ropa, a barrer con cuidado la casa y el solar, atizar y mantener el fuego en la ramada, acarrear el agua desde el pozo, o el río. Además, tenían que lavar la ropa suya, la de sus hermanos y papá, plancharla y colocarla en su sitio, lista para que los varones la usaran. Con frecuencia, ellas iban a la tienda o al molino. Por lo regular, se ocupaban de ayudar a cocinar y a servir la comida, guisos, frijoles y tortillas a los hombres de la casa.

De niñas, se esperaba que asistieran al catecismo, cada semana por lo regular; siempre enseñado por muchachas mayores entrenadas por el sacerdote del pueblo, o de las comunidades vecinas. Al catecismo iban niños y niñas, pero solo ellas permanecían luego como instructoras.

Del mismo modo, eran las jovencitas las que debían asistir a los diversos servicios religiosos: desde el rosario hasta la Hora Santa y misas. Los muchachos, una vez entrados en la adolescencia, por lo regular, no asistían y tampoco se les obligaba.

Durante la primaria convivían niños y niñas. En los catecismos estaban separados, pero en el mismo recinto; ya después había una estricta separación entre hombre y mujeres. Cada uno tenía su corrillo, y las ocasiones para convivir eran pocas y complicadas.

Para los jóvenes, el año transcurría en las labores agrícolas, la preparación del terreno y la siembra del trigo en invierno; y en verano, hacían lo mismo con el maíz y las hortalizas. Era un trabajo casi de año completo, con una época menos ajetreada al inicio del otoño, cuando iban a sembrar el trigo y tenían poco trabajo con las vacas. Es en esta época cuando había ocasión de festejar: las fiestas de los pueblos sonorenses, por lo general, son celebraciones posteriores a la cosecha de verano, coinciden con los meses anteriores a la Navidad y entonces la comunidad se junta,

celebra, hace fiestas y bailes... Los muchachos tenían menos chamba en el campo y estaban más "relajados"; ellas tenían ocasión de ir a bailes, procesiones y encuentros en las plazas de los pueblos. Bajaba el calor y en algunos lugares, incluso, se organizaban paseos a los ríos o lugares pintorescos cercanos donde podían convivir los, y las, jóvenes.

Ahora bien, los bailes, las fiestas religiosas y las bodas solían ser una ocasión para el encuentro, pero tenían también muchas condiciones: una primera era que con frecuencia los muchachos más cotizados estaban fuera, estudiando la preparatoria o una carrera técnica o profesional; los que permanecían en el pueblo tenían pocos recursos, y mucha timidez. Lo normal era que se pasaran las horas de música parados en bola, tomando cerveza y nomás mirando.

En algunos bailes solo bailaban los que podían pagar: salía una pareja a la pista, y se acercaba luego una de las organizadoras que les cobraba y les colocaba una cinta en la solapa para indicar que podían bailar durante la noche. Poco a poco se iba llenando la pista con jóvenes no tan adolescentes, ya con algún trabajo o dinero para pagar, además de la bebida, la bailada. Eso dejaba a los más jóvenes, o menos adinerados, en la incómoda posición de ser solo observadores un tanto afligidos.

Como una parte de los muchachos estudiaban fuera, bachillerato o comercio sobre todo, era frecuente que la relación entre hombres y mujeres fuera desigual: solía haber más muchachas que muchachos, en los rangos de edades entre los 15 y los 25 años. Ellas pocas y ellos tímidos; no parecía una situación muy satisfactoria. Pero sí sucedía que la escasez de varones casaderos permitiera a los hombres casados intentar, y tener, aventuras con algunas muchachas menos cuidadosas, o no tan cuidadas por su familia. Eso a veces originaba pleitos y rencillas entre las familias.

Había otros bailes, menos formales, en los cuales los chavos menos pudientes podían intentar sacar a bailar a alguna muchacha... Eran tiempos de orquesta o conjunto formal, fox trot, alguna polka, danzón, chachachá para los más aventados, alguna canción popular a ritmo de danza... Es interesante comprobar cómo en la mayor parte de los pueblos sonorenses había músicos de buena calidad para amenizar las reuniones. Se bailaba en pareja, a nadie se le ocurría hacerlo separado: él tomaba la mano derecha de ella, se acercaba y ella solía descansar la frente en el rostro de su pareja; se bailaba "pegadito", pero solamente de la cara, nada de acercar los cuerpos; eso estaba totalmente prohibido, se veía mal, muy mal; las mamás o tías, solían estar pendientes que nadie se propasara.

Sacar a bailar a una chica en esa tesitura implicaba un cierto grado de determinación. No cualquiera lo hacía. Ahí nacían algunos romances, pero también tenían que estar alertas pues si alguno sacaba a bailar con más frecuencia de lo normal a una muchacha, la procuraba toda la noche, pedía todas las "tandas" y la "acaparaba"; era, para el público atento, señal de que había una intención más seria, un noviazgo en ciernes; si ella lo aceptaba y le concedía todas las piezas, era considerado casi compromiso.

Entonces, si ambos querían tener opciones abiertas, se cuidaban de no insistir mucho en la misma pareja: él no le pedía muchas tandas, ella se negaba a salir si él volvía con demasiada frecuencia. Era una cuestión de precaución frente a la presión social de familias, amigos y amigas que no desperdiciaban ocasión para el chisme.

Para muchas, y muchos, esa ocasión de estar frente a frente con alguien del otro sexo, platicar alguna cosa, intercambiar opiniones o chistes era casi la única oportunidad de tratar a un joven que no fuera familiar. Por supuesto, había de todo: chavos con buena labia y muchachas simpáticas que respondían; también sucedía que el galán lograba que ella aceptara salir a bailar y no decía ni una palabra durante toda la tanda; serio y tímido, era frecuente que no sabían de qué hablar con una mujer y preferían el silencio... y volver a la cerveza.

Por regla general, cuando una pareja hacía “click” era porque la mujer se mostraba más receptiva, cálida, abierta o simplemente preguntaba y llevaba la conversación; era un signo fuerte de que había posibilidades de noviazgo.

Del mismo modo, parecería que la iniciativa, sutil quizá, en entablar relaciones que podrían llevar a noviazgo o vida en pareja, la iniciaban por lo común las chicas: una sonrisa camino al pozo, una mirada sostenida... Por lo general, los chavos solo respondían al estímulo.

Por lo menos en un caso, un ganadero mediano vendió algunas reses y se trasladó con tres hijas adolescentes, a la frontera a vivir algunos años, “para que ellas pudieran estudiar...” y pudieran conocer a otro tipo de jóvenes –agregó yo–. No le funcionó, dice que dejaron los estudios y entraron a trabajar a maquiladoras por unos años; luego se las trajo de vuelta al pueblo, ninguna volvió casada y afirma que le costó varios años volver a tener un hato igual al que tenía antes de irse.

Los cambios en la economía y sociedad a partir de mediados del siglo XX...

Al final de la segunda guerra mundial la economía norteamericana experimentó un fuerte auge, y sus efectos se filtraron a México, en particular a las entidades vecinas a la frontera. En el campo sonorenses se dio una dinámica de cambio y modernización que inició en la medianía del siglo y que fue transformando la economía y la vida de las comunidades en los siguientes cincuenta años.

En el caso de la actividad ganadera, se tuvo que salvar un fuerte obstáculo: la epidemia de la fiebre aftosa que diezmo el hato y cerró la frontera al ganado mexicano. Eso provocó fuertes cambios en la actividad y un repunte importante cuando se abrió de nuevo la frontera en 1954. Se empezó entonces a reconstituir el hato regional, con base en animales de razas europeas, sobre todo, ganado considerado fino con mayor demanda al otro lado de la frontera.

En la década de 1960 se inició la construcción de caminos hacia la sierra, de oriente a poniente, de la llanura a la sierra alta. Esta actividad dio trabajo y cambió la fisonomía



El sub-Marcos en Vícam. El Subcomandante Insurgente Marcos vino para tener el orgullo de decir que estuvo en Vícam (A. Valenzuela).

FOTO: ARMANDO SANCHEZ / VICAM SWITCH

de pueblos y comunidades; hizo más fácil el traslado de las personas, y mucho más sencillo el proceso de compraventa de las reses: se cambió en el producto de la actividad ganadera: ahora becerros, ya no novillos. Después de eso, los becerros se vendían antes del año, de 8 o 10 meses, y ya viajaban en troca o camión de redilas... Se acortó el ciclo ganadero, se intensificó la actividad de los pequeños productores.

A la par, la agricultura también cambió: se abandonó el trigo “bolita”, la variedad que habían introducido los misioneros jesuitas en el siglo XVII, el trigo llamado patrimonial; se le sustituyó con semillas mejoradas, producto de la Revolución Verde, que requirieron más insumos, fumigantes y fertilizantes, y más maquinaria y menos fuerza de trabajo... A pesar de eso, la nueva semilla no tuvo los resultados esperados: era un grano más duro, no servía para moler en tahonas o molinos de la región, requería muchos insumos caros, fertilizantes y fumigantes. Tuvieron que empezar a mandar su producción a molinos industriales, situados en Hermosillo o Ciudad Obregón; con eso para todos los efectos, perdieron su autoabasto de harina y tortillas. Muy pronto debieron abandonar la siembra del grano y sustituirla por forrajes, eso implicó que hubo menos necesidad de fuerza de trabajo familiar.

Este tipo de dinámicas tuvo lugar en al menos una porción de las familias de los pueblos de la zona serrana del estado; muchas unidades de producción se convirtieron en pequeños criadores de becerros, con siembra de forrajes y alguna otra actividad. Se orientaron al mercado para vender y comprar sus víveres y básicos...

En todo el mundo, a partir de finales de la década de 1960, se generaliza el uso de la píldora anticonceptiva, lo que trajo un cambio radical en costumbres y cultura de la juventud de esa década en adelante... En las décadas de 1980 y 1990 llegó a las comunidades serranas la televisión, y un poco más tarde, también el servicio de televisión satelital.

El cambio a cultivo de forrajes y cría de becerros, hizo menos necesaria la mayor parte de la fuerza de trabajo familiar: la agricultura forrajera se solía hacer con maquinaria y exigía poca inversión de trabajo humano, y menos cuidados. Las reses siempre han necesitado poco esfuerzo, al sembrar forrajes se abandonaron el trigo y maíz, y solo en algunos pueblos con condiciones de cercanía y buen camino, se siguió sembrando hortalizas para el mercado.

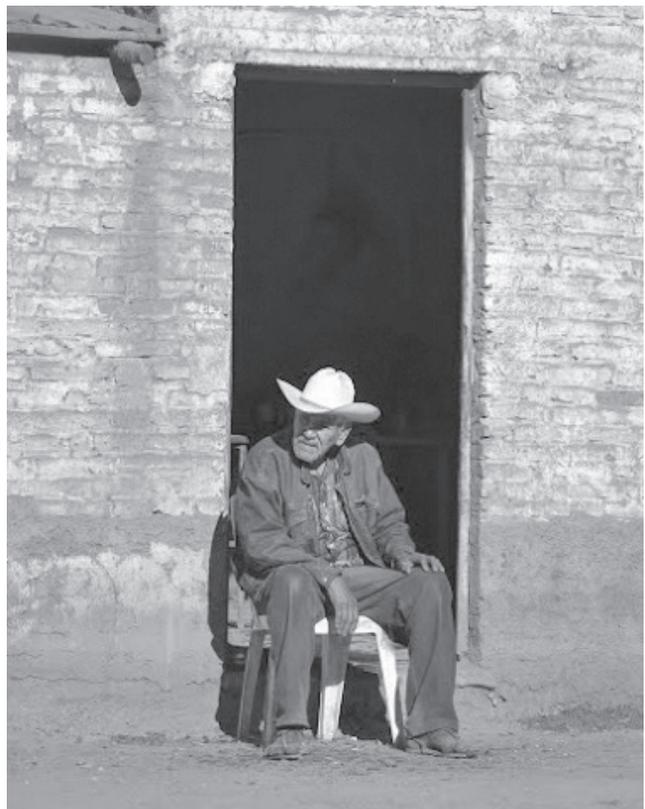
Con la cría de becerros llegó, al menos una vez al año, una entrada en efectivo que antes no tenían, al vender el producto de su hato. Vendían sus animalitos a fin de año, después de las lluvias. Se integraron al mercado como compradores de bienes y vendedores de reses. Era frecuente que, al recibir el importe por la venta de sus becerros, muchas familias se trasladaran a la frontera a pasar al otro lado y "ajuarse" para el año venidero. Era también un paseo anual que les abría horizontes.

La falta de granos hizo innecesario los molinos y ahora se tenía que comprar la harina; por los caminos llegaron productos comerciales que facilitaron el trabajo doméstico de las muchachas o lo hicieron innecesario: ahora podían estudiar. Algo parecido sucedió con los varones, muchos se fueron a las ciudades cercanas, a terminar la prepa o estudiar carreras técnicas o profesionales...

Desde la década de 1980 se comenzaron a establecer escuelas secundarias en muchas comunidades, y preparatorias en pueblos más grandes. En Moctezuma se puso la Universidad de la Sierra... Esto dio más oportunidades de estudiar sin salir de las regiones y de convivir en escuelas a los grupos de adolescentes que una generación antes hubieran estado en rigurosa separación. Hubo más oportunidades de intercambio, de conocerse, de relacionarse...

En las últimas dos décadas del siglo XX se dio un éxodo de los y las jóvenes de los pueblos a las ciudades, para proseguir los estudios en unos casos; también para buscar chamba, ellos y ellas, en labores urbanas, puesto que ya no se requería su trabajo en las labores del campo.

Ambos, ellas y ellos, fueron expuestos a la vida citadina, a la cultura y costumbres de Hermosillo u otra ciudad, a la televisión y al cine, y a gustos distintos; también, a formas nuevas de vestirse y habérselas con su entorno...



Armando Sánchez / Viviam Switch

Juanón. Allí está, allí está viendo pasar el tiempo este entrañable personaje de Pótam (A. Valenzuela).

Si antes, en los pueblos, los matrimonios estaban regidos por una cierta endogamia pueblerina o regional, en el momento en que conviven con ciudades enteras y barrios que tienen muchísimos más habitantes que sus pueblos originarios, esa endogamia tiende a perderse y ahora buscan pareja, varón o mujer, en las ciudades donde viven o incluso mucho más lejos, por medio de la globalización del Internet, en las redes sociales.

Una consecuencia es que, si bien los muchachos tenían una cierta libertad para sosegar sus inquietudes sexuales, las muchachas, no; al salir de su medio restringido, estar en contacto con otras jóvenes, estudiar, trabajar y lograr cierta independencia, parecen haber obtenido, una mayor libertad con respecto a la que tenían en el pueblo, quienes las precedieron.

Es interesante lo que dice Guillermo Núñez en su libro *Hombres sonorenses*, que si bien en las generaciones de hombres mayores o maduros su iniciación sexual fue en casas de prostitución, en la generación más joven fue con amigas o compañeras de escuela. Eso habla de menos rigidez y, es pregunta, ¿una mayor libertad por parte de ambos géneros?

Parece conveniente estimular el estudio de la relación de géneros entre la juventud de Sonora, en las regiones rurales tradicionales, elaborar una etnografía de la identidad y relaciones de género que nos permitan profundizar estos temas, y conocernos mejor...

Tradición y colorido, presentes en la exposición fotográfica “Hombres y mujeres yaquis”: *Vicam Switch*

Sobre los autores

Armando Sánchez Madueño es un bohemio de corazón, disfruta de la música con una pasión desmedida, es un conversador nato y fotógrafo por convicción. Siendo lírico en la fotografía, capta con su cámara el entorno físico y humano de la vida cotidiana, las actividades, los rostros y las situaciones que expresan la cultura y las costumbres de las comunidades yaquis y más allá.

Alejandro Valenzuela es el director del Proyecto *Vicam Switch*, el medio de comunicación de las comunidades yaquis; es Doctor en Ciencias Sociales, economista y Maestro en Desarrollo Regional. Profesor de teoría económica y econometría en la Universidad de Sonora e investigador sobre temas de innovación tecnológica.



Conjunto rústico. Preparándose para ejecutar la música tradicional de las danzas del venado, del pascola y de los matachines (A. Valenzuela).



La procesión del Venado. Recorrido del Venado seguido de los Pascolas. El público observa (A. Valenzuela).



A.Sanchez

Tradición y aprendizaje. Una tradición que los niños aprenden como jugando (A. Valenzuela).



Tradición e instrucción. La importancia del entrenamiento de los niños en la conservación de las tradiciones (A. Valenzuela).



Chapayecas en acción. En pleno Sábado de Gloria, el centro de la ceremonia es la chapayequada (A. Valenzuela).



Armando Sánchez / Vicam Switch

El niño del tambor. ... Y el aprendizaje es su futuro (A. Valenzuela).



Armando Sánchez / Vicam Switch

Sumo Pascola. El fotógrafo quiso captar aquí una lejana fusión entre el pascola yaqui y el luchador de sumo japonés (A. Valenzuela).



Armando Sánchez / Vicam Switch





Armando Sánchez / Vicam Switch

Procesión de Chapayecas. ...Otros son capaces de irse a pie. No importa en que se vaya, lo que importa es llegar (A. Valenzuela).

Armando Sánchez / Vicam Switch



El Matachín. Un retrato que capta la entrega, la ceremonia y la pasión con que se llevan a cabo las tradiciones (A. Valenzuela).



Armando Sánchez / Vicam Switch

El viejito del tambor. La experiencia es la base de la conservación de las tradiciones... (A. Valenzuela)